

modernista. Si nos hacemos cargo de esta realidad, comprenderemos a la par que *Flores de Cardo*, de Pedro Prado, no constituye de ningún modo una superación del modernismo (recordemos que el modernismo debe ser concebido como la expresión de un espíritu multifacético y abierto), sino una de sus múltiples formas expresivas o *ventanas* —en verdad estamos frente a la *ventana* simbolista— que nos muestran el singular modo que tuvo esta vigencia generacional de concebir la literatura y naturalmente la vida.

MARIO RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ.

HERNÁN VALDÉS. APARICIONES Y DESAPARICIONES. Santiago. Editorial Universitaria, S. A., 1964.

Recientemente ha sido puesto en circulación por la Editorial Universitaria el libro *Apariciones y Desapariciones*, de Hernán Valdés. Pulcramente editado y con una bonita ilustración de Mónica Lihn, trae treinta y seis poemas agrupados en cuatro núcleos poéticos: Prólogo; Una Larga Pausa; Drama; Epílogo.

La calidad de los poemas no es pareja, se alternan los bien plasmados con los puramente discursivos. La nota general es la sencillez en la sintaxis —deliberadamente se ha suprimido la puntuación—, sencillez en el léxico y también en las figuras poéticas; el lenguaje es claro, elemental, lo que le confiere una amenidad simpática al lector; en general, renuente a la lectura de poesía; pero también una falta de tensión que proviene de la ausencia de imágenes poéticas más o menos originales y bien logradas. Incuestionablemente, no queremos decir que la falta de virtuosismo técnico en Hernán Valdés sea falla grave; su orientación poética está refiada con el malabarismo lingüístico y con el hermetismo propio de la poesía cultivada hace un tiempo atrás. Nadie ignora que algunas corrientes poéticas modernas como reacción hacia la poesía chabacana y puramente narrativa de la generación anterior cayó en el hermetismo y, en su afán por no hacer de la poesía ni prosa versificada ni colección de sentencias filosóficas, logró aislar a veces una substancia inocua e insípida a la que se dio el nombre de auténtica poesía. No es ésa la retórica que tiene *in mente* Valdés. Su forma de poetizar le acerca más bien al Prévert de las creaciones sencillas y al Neruda de las *Odas elementales* y que tiene ya cultivadores en nuestro ambiente literario. El encanto de esta poesía reside en la posibilidad de crear una rica atmósfera poética y lo que llama Pfeiffer una "profunda iluminación del ser" mediante la fina relación de la anécdota sencilla y trivial que, sutilmente enmarcada en un ámbito más grande, establece una relación entre pequeño gesto y su profundo significado. Veamos por ejemplo el poema *Cómo te alimentas*, que constituye un elemento dentro de un complejo (si pudiera llamarse temático), mayor —lamentablemente para este intento de análisis recurriremos a un lenguaje conceptual que en sí constituye una violación de lo

poético— toda poesía perfectamente lograda es intraducible a un lenguaje de ese tipo—. El poema mencionado nos habla de algunos acaceres mínimos en la vida de un hombre solo, abandonado por su mujer. Por la noche escucha un disco de Bach mientras prepara su comida, pero al instante de sentarse a la mesa nota su soledad esencial que, aunque con rasgos diferenciales, es la soledad misma, inherente al ser humano; nota, en fin, la ausencia del cariño que se brinda y se rechaza como una manera de afirmar el conocimiento en ese amor que siempre se teme no despertar en los demás. El mismo sentimiento de soledad acompañado ahora con un anhelo de sumisión aun enraizada en el hombre aparece en el poema siguiente *Cómo Duermes*. La tónica general del libro es esa, un intento por ascender de lo pequeño, humano, a lo general universal.

Ciertamente, esta manera de escribir poesía encierra sus peligros; puede ocurrir que el autor sea incapaz de ascender a lo general y quede en el plano de la anécdota intrascendente; puede ocurrir, también, que el poeta en una búsqueda de trascendencia caiga en lo discursivo, quiero decir, escriba en un lenguaje conceptual no poético. Es lo que ocurre por ejemplo en la composición *Sólo hay Periodos*. Desde luego que también hay en el libro poemas sin calidad alguna, meros rellenos para completar un volumen, pero son los menos. La impresión general que nos brinda el libro es de limpidez, claridad y simpatía. Si por momentos el "hechizo" es conjurado, falta la creación de un lenguaje poético original, la adjetivación por momentos recuerda a Neruda, pero en gran medida la obra se acerca a lo que, conjeturamos, espera Valdés de la poesía.

EDUARDO VARELA

ENRIQUE CAMPOS MENÉNDEZ: SOLO EL VIENTO... , Santiago de Chile, Zig-Zag, 1964.

*Solo el viento...* es una nueva versión del libro *Kupén*, que Enrique Campos Menéndez (nacido en 1914), publicara en 1939. Son doce relatos, cuyas líneas generales tienen puntos de apoyo, tomas de contacto, en trabajos de científicos, relatos de exploradores, crónicas de misioneros, como lo confiesa el autor (pág. 10).

Los asuntos de los diversos cuentos de Campos Menéndez tienen por protagonistas a los desaparecidos onas, que habitaban la isla Karukinká, conocida mejor por la denominación yagana de Oneisin. El lenguaje es sobrio y las descripciones no interfieren los sucesos con noticias afligentes.

*Kupén*, eje del primer relato, es una anciana pretextual, resabio de viejas tradiciones narrativas, que da las primeras puntadas al tejido de estirpe legendaria, cuyo núcleo muestra la dignidad de los onas en un mundo arduo. Tempestades, asistidas de traiciones de diversa índole: luchas épicas con el ámbito natural, en busca del sustento; conflictos sentimentales —tras la línea de Chateaubriand—; en el fondo, una acusación